naron y depusieron a García Pizarro. Los agentes de aquella revolución incruenta, casi ridícula, salieron de Chuquisaca para extenderla. En la Paz los frutos fueron abundantes. Apenas pasados unos días, se organizó allí una *Junta Tuitiva.* Los revolucionarios, divididos, se exterminaron unos a otros. La soldadesca y el pueblo cometieron horribles desmanes. Goyeneche acudió con cinco mil hombres, que puso bajo sus órdenes el virrey del Perú. Sólo le hizo resistencia el español *Juan Antonio Figueroa* con unos cuantos soldados y un grupo de mujeres. El jefe de la expedición virreinal acabó su tarea levantando patíbulos. En uno de ellos pereció *Pedro Domingo Murillo,* uno de los más significados directores del movimiento, anunciando que no se extinguiría la antorcha encendida por él.

No se extinguió, en efecto.

EL SANGRIENTO 2 DE AGOSTO DE 1810

Los letrados de Quito conspiraban, y para dar ánimo a los enemigos del régimen caduco, los estudiantes de San Fernando representaban *Catón* y la *Araucana, Andrómaca* y *Zoraida.* Así se recibió al presidente *don Manuel del Urriez, conde de Ruiz de Castilla,* excelente octogenario, que llevaba cuarenta años de prestar leales servicios en la burocracia americana.

Una revolución como la de Chuquisaca arrebató el poder al conde de Ruiz de Castilla y creó una *Junta conservadora de los derechos de Fernando VII,* presidida por *don Juan Pío Montúfar, marqués de Selva Alegre.* Estos cambios de escena no ofrecían dificultades y se consumaban con la llaneza de un acontecimiento normal, pero su esterilidad era absoluta.

Las fuerzas enviadas por los vecinos virreinatos restauraron el orden alterado por la *Junta Conservadora,* y hubo prisiones. Todas las sanciones parecían haberse reducido a esto, cuando un día, inesperadamente, la tentativa de libertar a los presos desencadenó la tragedia, en la que perecieron centenares de víctimas, sin faltar el correspondiente saqueo. No pararon las alteraciones en los episodios del lúgubre 2 de agosto de 1810 La llegada de *don Carlos Montúfar,* hijo del marqués de Selva Alegre, con poderes de la Junta Central de España, trajo una inesperada complicación. Para borrar la impresión de la sangrienta jornada, Montúfar creyó conveniente restablecer la *Junta Conservadora,* y así se hizo, quedando bajo la presidencia del Conde Ruiz de Castilla, con el marqués de Selva Alegre como vicepresidente. Pero llegaron órdenes terminantes, desconociendo lo hecho por Montúfar. La reacción fué terrible y la confusión, extrema. El viejo conde de Ruiz de Castilla, retirado en un convento,

murió a manos de unos indios que se amotinaron. Otros ahorcaron al oidor Fuertes y al director de Correos. Don Carlos Montúfar fué fusilado por la espalda, como traidor, y se le arrancó el corazón para arrojarlo a una hoguera. Los indios que asesinaron al anciano conde de Ruiz de Castilla perecieron en la horca, y sus cabezas estuvieron suspendidas en jaulas de hierro hasta 1822.

LA PATRIA BOBA DE LA NUEVA GRANADA

Santa Fe había recibido el anuncio de la llegada del criollo quiteño *don Antonio Villavicencio,* comisionado de la Junta Central. Los festejos preparados en su honor dieron ocasión para que se exacerbara la animosidad entre criollos y peninsulares. Se gritó contra *los chapetones* y se pidió *Cabildo abierto.* El virrey *don Pedro Amar y Borbón* oyó voces de que sus funciones habían cesado. La revolución estaba en marcha. El virrey fué aprehendido, y la virreina llevada ignominiosamente a la cárcel de mujeres. Los dos tuvieron que salir, bajo partida de registro, como había salido el virrey de Méjico, Iturrigaray, con su familia.

Los dos casos difieren profundamente: Iturrigaray fué expulsado por el partido peninsular; Amar y Borbón, por el partido criollo. Pero en ambos se patentiza el relajamiento de la autoridad. La conquista del mando es un hecho sujeto a todas las contingencias del azar.

Con la caída del virrey nació la *Patria Boba,* nombre que se da a los cinco tormentosos años de vida independiente que tuvo la Nueva Granada, a partir del 20 de julio de 1810.

Empezó una lucha entre las provincias, y aun dentro de cada provincia se declaró el separatismo: "Dondequiera que hubo un demagogo o un aristócrata ambicioso que deseara figurar, se vieron aparecer Juntas independientes y soberanas, aun en ciudades y parroquias miserables, como la de Nare, las que pretendían elevarse al rango de provincias". Esta enfermedad fué dignificada con el nombre de *federalismo.* Pero no faltaba quien la denunciase y procurase combatirla. En estas luchas agotantes se ocupaban los revolucionarios, mientras en el Sur se mantenía y aumentaba la reacción, apoyada por la de Quito. En el Norte, Cartagena y Santa Marta luchaban: Cartagena por la *Independencia,* que proclamó anticipándose a las otras provincias, y Santa Marta por el antiguo régimen. Allí tuvo el poder español su centro de resistencia.

La provincia de Santa Fe se constituyó, llamándose *Estado de Cuanlinamarca.* Fernando VII era reconocido como rey, bajo la imposible condición de que se presentase a recibir la Corona. El presidente era su vicerregente. El puesto se encomendó a *don Jorge Tadeo Lozano.* Este sabio

ilustre, de la escuela de Mutis, fué un político de voluntad poco firme. Su adversario, don Antonio Nariño, *el Precursor*, a quien hemos visto condenado por el régimen anterior, se sobrepuso, como el hombre de la Independencia. Sus luchas, persecuciones y vicisitudes eran ya legendarias. Recordábase que, condenado a presidio y conducido a España, para extinguir su pena en Africa, había logrado fugarse. Las autoridades fueron benévolas con él en Madrid, y pasó a Francia, en donde se entendió con Miranda. Volvió furtivamente a la Nueva Granada, y después de tolerarse su presencia, como despertase sospechas, fué reaprehendido. Se le envió de nuevo, bajo nota de registro, volvió a evadirse, y pudo tomar una participación importante en los movimientos del país. Tal era el hombre a quien se había hecho presidente de Cundinamarca. Procuró que esta demarcación fuese más extensa, para afirmar el sentido de la unidad. El de la disgregación estaba representado por el ilustre *don Camilo Torres*, uno de los teorizantes que adoraban el sistema norteamericano. Su *Acta de Federación de las Provincias Unidas de la Nueva Granada* es la expresión más ingenua de aquella locura imitativa.

Combatido por los adversarios de su sistema, Nariño pudo, sin embargo, lanzarse contra las fuerzas del rey, que amagaban el sur de la República. Cayó prisionero en Pasto, y fué sometido a nuevas penalidades. Estuvo más de un año preso en Pasto. De allí se le llevó a Quito, de Quito al Callao y del Callao a Cádiz, por el Cabo de Hornos. Pasó cuatro años en la cárcel de Cádiz, "desnudo, comiendo el rancho de la enfermería y sin que se le permitiese saber de su familia".

LA JUNTA DE CÁRACAS Y LOS ESTADOS UNIDOS DE VENEZUELA

Después de la caída del *Precursor*, los acontecimientos entraron en una fase de rápidos cambios ligados con Venezuela.

Esta capitanía general había anticipado sus agitaciones a las de la Nueva Granada. En abril de 1810, Caracas creó su *Junta Conservadora de los derechos de Fernando VII*. El capitán general, *don Vicente Emparan*, abandonó el país. Los cabildantes pensaban nada menos que en la "obra magna de la confederación de todos los pueblos españoles de América". Pero Coro y Maracaibo, Barcelona y Angostura se oponían. A pesar de todo, aquella porción hostilizada de un país proclamó su independencia, el 2 de marzo de 1811. Un Congreso decretó la existencia de los *Estados Unidos de Venezuela*. Esos Estados eran Caracas, Barinas, Cumaná, Nueva Barcelona, Margarita, Trujillo y Mérida, las dos últimas separadas de Maracaibo. A duras penas podía haber allí cuatro provincias, algunas de ellas muy medianamente dotadas, y para hacer siete soberanías

era preciso suponer que vivieran en el mundo de los milagros. Sólo Caracas tenía dinero, y pronto se agotó. Muchos hombres sensatos estaban persuadidos de que el nuevo orden duraría sólo algunos meses y que acabaría "como los juegos de los muchachos". El terremoto del 26 de marzo de 1812 convirtió en ruinas la parte más populosa y floreciente de Venezuela: Caracas, La Guaira, San Felipe, Barquisimeto y Mérida. Sobre los escombros sólo se agitaban el hambre, la peste y la guerra civil. Venezuela quedó exhausta.

El hombre del primer día fué Miranda. Su prestigio declinó muy pronto. Soñador en política, como todos, y contemporizador en el mando militar, capituló. Sus oficiales lo entregaron en el momento de embarcarse, y el enemigo lo envió prisionero a Cádiz, en donde murió cuatro años después.

Bolívar conquistó el primer puesto como caudillo. Para empezar sus trabajos de organización, acudió a la Nueva Granada. De allí bajó en una marcha arrolladora, guiando una falange juvenil, valiente, instruída, exaltada y deseosa de repetir los grandes hechos de los varones de Plutarco. Pero aquel grupo de generosos neogranadinos y sus colegas venezolanos iban a perder la fuerza de líneas clásicas que ambicionaron para la obra soñada.

La guerra se convirtió en un espantoso delirio de crueldades. Los defensores de la Corona ya no eran jefes regulares, sino caudillos que se alzaban con los elementos más bajos, desde los negros esclavos de las fincas rústicas, los zambos y los mulatos de las ciudades y los llanos, para aniquilar a la grey *mantuana* de los criollos aristócratas que representaban la causa independiente. La dureza de *Monteverde*, que no era, sin embargo, sanguinario, y las siniestras demasías de *Boves*, el asturiano guerrillero del rey, fueron contestadas por Bolívar con su horripilante *Decreto de la guerra a muerte*, agravado por ejecutores como Arismendi, facciosc margariteño digno de sus adversarios.

"A sangre fría, y a machetazos, perecieron en tres o cuatro días cerca de novecientos infelices, sin más delito que su opinión o su origen, y sin otro objeto de saciar el resentimiento feroz del partido." A su vez, Bolívar hablaba así del otro bando en un Manifiesto justificativo de las ejecuciones de Caracas: "Desollaron a algunos arrojándolos a los lagos venenosos e infectos; despalmaban las plantas a otros, y en ese estado les forzaban a correr sobre un suelo pedregoso; a otros sacaban íntegras, con el cutis, las patillas de la barba; a todos, antes o después de muertos, cortaban las orejas." Lo que se cuenta de los jefes realistas es de una inverosímil perversidad: Puig mandaba que fueran degolladas quinientas personas en Barinas; otros, como Rosete, quemaban pueblos; Bartolomé Lizón, riendo, hacía apuestas, abría el vientre de mujeres grávidas, y mancaba niños de menos de diez años; Zuazola mutilaba a los prisioneros. El nombre de Antoñanzas volaba como el de un ser infernal. El de Boves —José Tomás Rodríguez Boves— hablaba a las imaginaciones. Aquel hombre fuerte, rubio, de ojos claros, inaccesible al miedo, formidable en

el ataque, indiferente a la hora del botín, mataba sin ver a quién hería, siempre que fuera un blanco, pues se hizo el paladín de las castas infames contra las aristocráticas.

Bolívar se arrepintió de su *Decreto*. No habían pagado solamente los culpables, y frente a las fieras del bando enemigo, había otras no menos temibles, que bebían sangre inocente. Además, el decreto era impolítico. No lo necesitaba para triunfar, y dió abundantes frutos de maldición.

Después de sus estériles victorias, Bolívar tuvo que volver a la Nueva Granada sólo para presenciar la agonía de la *Patria Boba*.

Hasta entonces, la guerra había sido esencialmente civil. España había enviado menos de dos mil hombres a Venezuela. En 1815, restaurada la Monarquía absoluta, el gobierno de Fernando VII dispuso una expedición de diez mil hombres, mandados por el general *D. Pablo Morillo*. El jefe, los oficiales y la tropa ignoraban el punto de su destino. En altamar se abrieron los pliegos, y la esperanza de ir a Buenos Aires se desvaneció. Todos temblaron al saber que iban a entrar en los círculos del infierno venezolano.

LA INDEPENDENCIA ARGENTINA

El Río de la Plata quedó, pues, libre de todo amago. Allí la independencia se había afirmado, como en ningún otro país de América, tanto por la ausencia de coacción como por un interés patente. Los ingleses prisioneros empezaron en Luján una propaganda. El general Beresford fué el maestro principal, y D. Saturnino Rodríguez Peña su discípulo más adelantado, o por lo menos su adepto más notorio. Según aquella enseñanza, los ingleses sólo se proponían libertar al Nuevo Mundo. Llevaban el libre tráfico. Don Manuel Belgrano, secretario del Consulado, fomentaba las nuevas ideas económicas en sus escritos. Don Mariano Moreno, con sus *Representaciones de los Hacendados* y sus *Memorias de los Labradores*, expresaba una inquietud muy explicable en aquel puerto, donde se concentraban ingentes riquezas. Aun cuando se pretende por algún escritor eminente negar la influencia de los opúsculos de Moreno, es palmario que traducían una preocupación general de orden práctico.

Por otra parte, la inquietud política resultante de la forma en que se organizó la resistencia contra los ingleses obraba de un modo activo. El hecho es uno de los más importantes de la historia de América.

Cuando el virrey, marqués de Sobremonte, huyó de Buenos Aires al presentarse los invasores, hubo un *Cabildo Abierto*, el día 14 de agosto de 1806. Esta *Asamblea*, que tenía ya algo de *Congreso Nacional*, determinó enviar comisionados al virrey, que se aproximaba con algunas fuerzas, traídas del interior. Pero la *voz pública* pedía la dictadura de Liniers. Sobremonte se retiró a Montevideo; la Audiencia tomó el mando político; Liniers concentró el militar. El día 10 de febrero de 1807,

Liniers reunió una *Junta de Guerra*, formada de oidores, cónsules, cabildantes, altos funcionarios, jefes de las milicias, comandantes de las fuerzas veteranas, y de los principales vecinos de la ciudad. Esta reunión votó que debía suspenderse al virrey, aprehenderlo y remitirlo a España, como enfermo e incapacitado.

Terminada la invasión británica, con un resultado que se premió en España otorgando a Buenos Aires el tratamiento de *Excelencia*, surgió la división entre los vencedores. Por una parte, los criollos más influyentes y activos, como *Saavedra*, *Moreno* y *Castelli*, sostenían a Liniers; por la otra, *D. Martín Alzaga*, alcalde de primer voto, europeo que había sido el alma de la resistencia, contaba con las fuerzas de catalanes, gallegos y vizcaínos. En el fondo, se veía a *D. Saturnino Rodríguez Peña*, que, como anglófilo y secuaz de Miranda, buscaba el protectorado británico por medio de la ya mencionada doña Carlota Joaquina, la hermana de Fernando VII, que hablaba alternativamente de la defensa de Buenos Aires y de hacer causa común con Inglaterra, su poderosa aliada.

Al avanzar el peligro francés, la situación de Liniers se hizo embarazosa. Todo el mundo sabía que Napoleón, cuando felicitó a Carlos IV por la victoria contra los ingleses, había empleado, hablando de Liniers, con inmerecido elogio, esta significativa expresión: "Mi súbdito". Un agente del emperador, llamado *Sasseney*, fué a Buenos Aires, y encontró que Liniers, sin fuerza propia, irresoluto, aplazaba su decisión, pero no negaba sus simpatías a Francia. En Montevideo, el comandante español *D. Javier Elío* apoyaba al elemento peninsular de Buenos Aires, que pretendía la conservación de los derechos de la corona. Montevideo estableció una Junta como las de España, no para lo que las querían los criollos en otros países, sino para contrarrestar la influencia criolla separatista. Eso mismo intentaron en Buenos Aires los partidarios del régimen tradicional. El alcalde Alzaga, con su fuerza de peninsulares, creyó posible destituir a Liniers, el 1º de enero de 1809; pero *D. Cornelio Saavedra*, jefe del Batallón de Patricios, disolvió los cuerpos de gallegos, catalanes y vizcaínos. Los criollos se impusieron. Alzaga y sus amigos fueron enviados a Patagones. Elío mandó una expedición para rescatarlos, y los deportados entraron triunfalmente en Montevideo.

La Junta Central de España, movida por Alzaga y Elío, acordó la separación de Liniers, y envió para ello a *D. Baltasar Hidalgo de Cisneros, el Sordo*, que había perdido el oído en la batalla de Trafalgar.

El hecho decisivo en la historia del Río de la Plata se produjo el día en que el virrey D. Baltasar Hidalgo de Cisneros concedió entrada libre a las mercancías procedentes de Inglaterra, la nación amiga. Ya hablé de la *Representación de los Hacendados*, escrita por D. Mariano Moreno, quien con ese histórico documento se hizo acreedor a que se le considere

autor de la independencia. El oro entró a raudales. Hubo un superávit mensual de doscientos mil pesos en la Aduana. Los criollos tenían así el nervio de la guerra. El único adversario era ese mismo virrey, sombra de un poder caduco que, al decretar el libre tráfico, pronunciaba su propia sentencia de muerte.

Saavedra y Belgrado pidieron a Lezica, alcalde de primer voto, que convocase para un *Cabildo Abierto,* porque "el pueblo quería reasumir sus derechos". El virrey, cediendo ante lo inevitable, hizo la invitación, el día 21 de mayo de 1810. De las 450 personas llamadas, se reunieron 250, no todas comprendidas en la lista del virrey. El prelado de Buenos Aires y los oidores sostuvieron la conveniencia de que continuara el poder peninsular. Su tesis era extremada: "Aun cuando no quedara parte alguna de *la* España subyugada, los españoles que se encontrasen en *la* América debían tomar el mando." Así hablaba el prelado Lue, o esto le atribuyeron los adversarios que tomaron a su cargo componerle un discurso propio de la más genuina representación del "oscurantismo". Las palabras auténticas del fiscal Villota son muy racionales. El pueblo de Buenos Aires no podía decidir sobre cuestiones de legitimidad que atañían a todo el conjunto de la monarquía. Esta era la tesis de la unidad. Contra ella, los criollos impusieron la de la separación.

Después de muchas deliberaciones y conflictos, el día 25 de mayo se creó una *Junta Gubernativa Provisional del Río de la Plata.*

La reacción se presentaba vigorosamente en Córdoba, donde su intendente, *D. Juan Gutiérrez de la Concha,* pudo reunir considerables elementos para oponerse a la política de Buenos Aires. Pero en el puerto se procedió con energía y prontitud. Por vía de precaución, el virrey depuesto, Hidalgo de Cisneros, y los oidores, fueron expulsados. Se mandó una expedición a Córdoba, con el resultado inmediato de la prisión de los jefes enemigos. El día 26 de agosto se fusiló a Liniers y a cinco de los suyos en *Cabeza del Tigre.*

Las fuerzas bonaerenses continuaron su avance. Rechazadas en *Cotagita,* a fines de octubre, pudieron reorganizarse y obtener la gran victoria de *Suipacha,* el 7 de noviembre. El general D. Vicente Nieto, presidente de Charcas, el general D. José de Córdoba, y el intendente de Potosí Sanz, fueron fusilados en la plaza de esta ciudad. Las fuerzas bonaerenses llegaron hasta el río Desaguadero, límite del Bajo Perú. En *Huaquí* sufrieron una derrota, el 30 de junio de 1811, que significó la pérdida total y definitiva de las cuatro provincias del Alto Perú para el gobierno de Buenos Aires. Los esfuerzos que se hicieron posteriormente con el fin de recuperar aquel territorio, fueron infructuosos.

Al recibirse en la Asunción las noticias de Buenos Aires, se reunió una Asamblea, el día 24 de julio, por el coronel *don Bernardo de Velasco,* intendente del Paraguay. Entre las iniciativas que allí se discutieron predominaba la de *D. José Gaspar Rodríguez de Francia,* quien proponía la organización de un gobierno netamente paraguayo. Buenos Aires creyó indispensable obrar activamente para contrarrestar esta tendencia y para que, a falta de ella, no privase el influjo de Velasco. Comisionó a D. Manuel Belgrano, poniendo bajo sus órdenes una columna, que volvió después de haber fracasado en el *Tacuarí.* El 19 de junio de 1811 quedó organizada una Junta en la Asunción, y el Paraguay, sin nuevos contratiempos, asumió vida autónoma.

OPERACIONES EN LA BANDA ORIENTAL Y EN EL ALTO PERÚ

En el Uruguay hemos visto que Elío mantenía la dominación española. Pero *D. José Artigas* encabezó un vigoroso movimiento insurreccional. Artigas logró adueñarse de Soriano y Mercedes, venció en las *Piedras,* el 18 de mayo de 1811, y se presentó frente a Montevideo. Aun cuando no pudo tomar la plaza, alcanzó un gran resultado, pues Montevideo se obligó a no emplear fuerzas brasileñas. Las de Buenos Aires, mandadas por Belgrano, pasaron a la Banda Oriental, para auxiliar a Artigas. Esta cooperación se sostuvo después, si bien cada día era más patente que el sentimiento de autonomía de los orientales crearía un estado de hostilidad irreductible. Y así fué.

Los gobiernos que se sucedían en Buenos Aires tendían a la concentración de poderes y a la dominación de Buenos Aires sobre todas las otras partes del virreinato. Un hombre de carácter enérgico, *D. Bernardino Rivadavia,* se impuso con medidas de rigor. Expulsó a los diputados de las provincias y fusiló a don Martín de Alzaga. Pero cometió el error gravísimo de ordenar la retirada de las fuerzas del Belgrano, que debían oponerse a la invasión del Tucumán por las del jefe D. Pío Tristán, cuyo avance parecía irresistible.

Belgrano desobedeció y derrotó a Tristán el 24 de septiembre de 1812. El invasor tuvo que retroceder a Salta. Este y otros errores de Rivadavia determinaron su caída. Subieron tres hombres nuevos: *D. José de San Martín,* criollo de las Misiones, que había hecho su carrera militar luchando en España contra los franceses; *D. Carlos de Alvear,* también criollo de las Misiones, como San Martín, y como él soldado en España,